

UNA ELEGANTE DISTANCIA

Texto y Fotos: Rafael Chirbes

Durante el invierno, la ciudad de Ginebra se aísla todavía más de su entorno: una niebla pesada y húmeda que emana como una respiración desde la superficie del lago Léman, que aquí llaman sencillamente lago de Ginebra, se instala sobre la ciudad y se queda flotando por encima a veces durante días enteros y, casi siempre, por lo menos hasta media mañana. Uno sabe que, más arriba de ese sudario gris, se elevan purísimas las cumbres nevadas de los Alpes, y el cielo está azul, y entonces -ya está dicho- es como si Suiza fuera algo lejano y diferente de Ginebra y tuviera muy poco que ver con ella: el cielo diáfano, el mundo alpino cubierto de nieve y de turistas que se deslizan sobre sus esquís, y al que se llega en unos pocos minutos en tren. Ginebra parece reproducir durante el invierno su altiva soledad histórica, su vocación de ciudad ensimismada.

La verdad es que la relación entre la vieja república de Ginebra y Suiza es muy reciente. Su unión data de 1815, cuando los ciudadanos de este milenario cruce de caminos pidieron ser aceptados en la Confederación Helvética, para librarse de la voracidad de los fran-

ceses, siempre ansiosos de apoderarse del privilegiado paso sobre la llanura en el desagüe del lago. El Ródano viene desde los Alpes, desde el lejano Gotardo, y se confunde con el lago durante noventa kilómetros, volviendo a su forma de río históricamente franqueable en este lugar en el que desde tiempos inmemoriales existió un vado -un puente- y un núcleo comercial protegido por una guarnición militar. Ginebra se sitúa en la salida del lago, y en la confluencia del Ródano con el río Arve, y desde siempre ha sido tal el prestigio de las purísimas aguas de esta ciudad, que los parisinos quisieron construir durante el pasado siglo un acueducto para llevarse la. Aún hoy, en tiempos tan degradados como los que vivimos, sorprende al viajero la transparencia de las aguas del Léman.

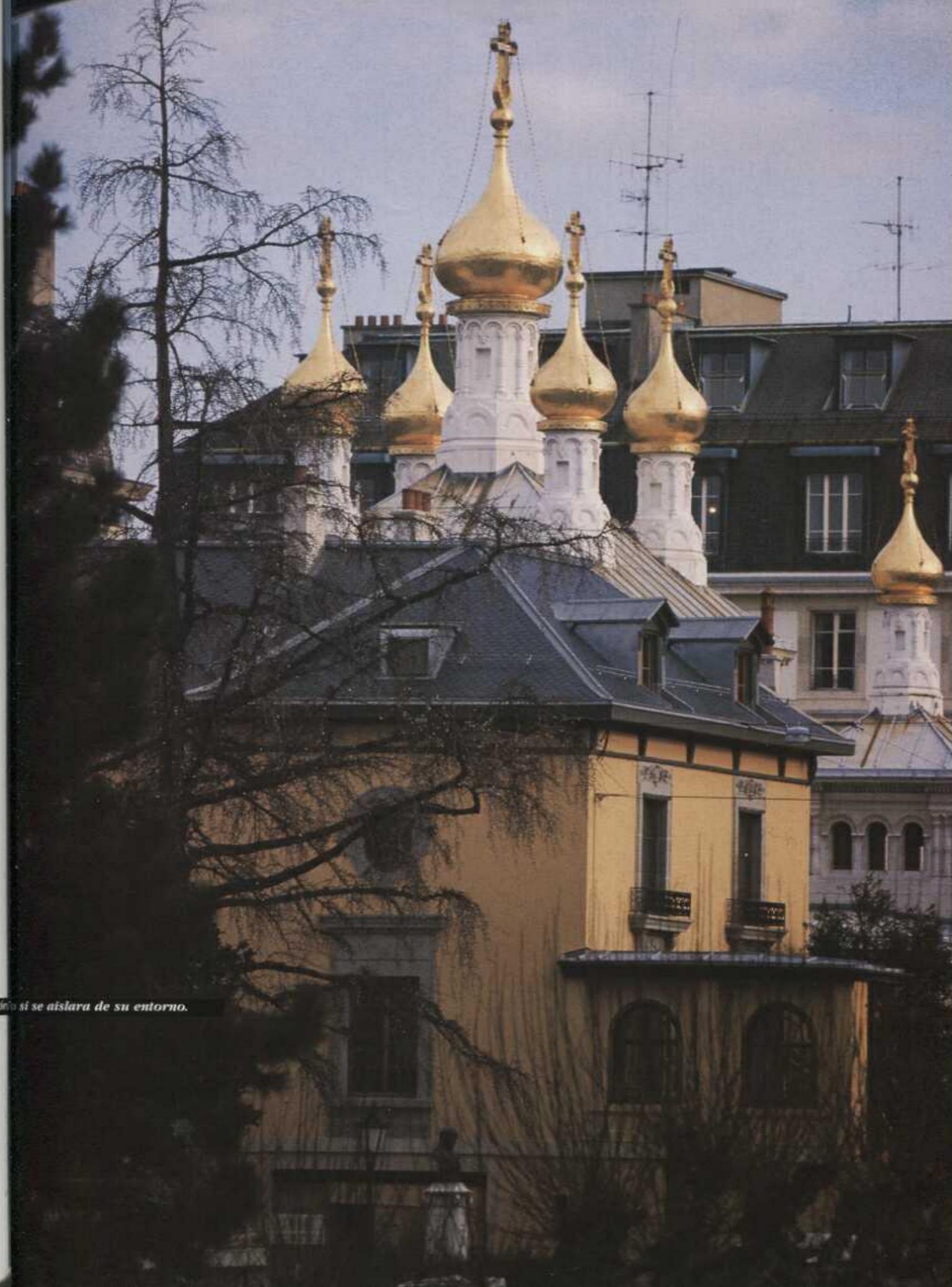
Sin embargo, el aire ginebrino es húmedo y frío durante el invierno, y la ciudad se encierra en las viviendas particulares, en los cines, museos, y salas de conciertos y exposiciones, con esa seriedad calvinista que la caracteriza y que ha hecho decir a alguien que, si a un ginebrino se le diera a elegir entre ir al cielo o asistir a una conferencia que tuviera como tema el cielo, no lo dudaría

ni un instante: se inclinaría por la segunda posibilidad.

Durante los meses fríos, no funciona el surtidor del lago que nació como ingenio utilitario para aliviar la presión sobre el desagüe en el Ródano, y que ha acabado convirtiéndose en una escultura acuática y en la seña de identidad que hace visualmente reconocible la ciudad en las imágenes de los folletos turísticos; los barcos que transportan a los visitantes y curiosos cancelan sus servicios; las orillas del Léman permanecen melancólicamente desiertas; los obreros reparan suelos y balastradas, los árboles de los parques muestran sus ramas secas, y los habitantes de la ciudad se escapan periódicamente unos centenares de metros por arriba de la capa brumosa y la humedad, para contemplar las cumbres blancas, los cielos azules y curarse los resfriados y bronquitis crónicas que el invierno ginebrino incuba, y que sólo alivia el viento glacial que de vez en cuando inunda las calles, aleja las nubes, muestra el sol, agita las aguas del lago y trae el perfume punzante de las cercanas nieves.

La llegada de la primavera cambia el vestido de Ginebra. Se rompe la gasa que rodea durante tan-

Ginebra parece reproducir durante el invierno su altiva soledad histórica si se aislara de su entorno.





Una niebla pesada y húmeda emana como una respiración de las aguas del lago Léman y envuelve la ciudad.

tos días invernales la ciudad, sus parques cobran una textura algo donosa, se llenan de colorido, y empiezan a cobrar un papel preeminente. Las aguas del lago se vuelven de un azul luminoso, se cubren de velas blancas, y abren perspectivas a la mirada. Aparecen en el horizonte los picos de los Alpes -el deslumbrante Mont Blanc- por encima del agua y del caserío, las riberas se convierten en animados paseos, las playas -muy especialmente, el popular muelle de Pâquis, construido con los restos de las viejas fortificaciones- se llenan de bañistas, y los vapores muestran a los turistas las deslumbrantes estampas paisajísticas, los parques -de Mon Repos en la orilla derecha; de La Grange, en la izquierda-, las praderas que llegan hasta las orillas, los palacetes, las arboledas, los soberbios picachos. Ginebra recobra su faceta de elegante estación de reposo y la curva que cierra el lago recupera ese perfil de cuidada concha que al viajero le hace acordarse de Biarritz, Niza o San Sebastián. Se come en las terrazas de los hoteles lujosos, entre setos

de aligustres y floridas macetas, con vistas al azul del lago y al blanco de la nieve, a pocos pasos de donde un obrero rencoroso mató a la atormentada Sissi sin saber quién era: sólo porque le pareció suficientemente elegante como para ser culpable. En la planta baja del hotel Beau Rivage, a cuyas puertas se produjo el suceso, el viajero puede todavía contemplar el libro de clientes en el que se había inscrito la esposa de Francisco José y algunos de los objetos que llevaba consigo cuando fue asesinada y en los que quedan, melancólicas y trágicas, las huellas de la sangre.

El agua del Léman es cristalina y de ella se escapa el Ródano: ese río que arrastra precipitadamente los frutos del invierno hacia el sur Mediterráneo, y que en la propia ciudad, en el paraje llamado La Jonction (la confluencia) recibe las frías y cristalinas aguas del Arve, procedentes de las nieves del Mont Blanc. El Ródano es río que la primavera hincha y que, en su recorrido hacia el sur, hace crecer en sus riberas algunos de los más soberbios viñedos del

mundo. Aquí mismo, en las afueras de la ciudad, el viñedo ginebrino, que es el tercero en extensión de Suiza, y más abajo, el de la opulenta Borgoña, y, todavía más al sur, los sobrios viñedos de Châteauneuf du Pape, los misteriosos Hémitage, que producen vinos de inquietante complejidad aromática.

Ginebra provoca en el viajero una sensación contradictoria, de ciudad solitaria y un poco provinciana, al mismo tiempo que, como todo el mundo sabe, es uno de los grandes centros financieros del planeta y residencia periódica de lo que se entiende por el "gran mundo". Fortaleza altiva de Calvino, pero también lugar en el que se levantan templos de todas las religiones y se veneran las mesas de todos los continentes. Ciudad aluvial y de aluvión, permanente receptora de emigrantes que huyen de la intransigencia de las ideas, o de la aún más terrible intransigencia del hambre. Protegida por los Orange holandeses frente a los papistas durante los agitados tiempos de la reforma protestan-

s ginebrinos se han acostumbrado a convivir con funcionarios venidos de todo el mundo.



Ginebra es una ciudad cerrada, y al mismo tiempo abierta de par en par.

te, en ella se refugiaron quienes consiguieron salvarse de la terrible noche francesa de San Bartolomé, o quienes temieron las consecuencias de la revocación del Edicto de Nantes; o, siglos después, quienes escapaban de Hitler, y, recientemente, los que han huido de la miseria de los latifundios del sur: españoles, portugueses, griegos, italianos.

Etapla obligada en su camino hacia el sur de viajeros románticos: Shelley (Mary Shelley situó aquí su Frankenstein), Byron, pero también Balzac, Dostoievski, Nietzsche, Victor Hugo, George Sand, Wagner, Lou Andreas Salomé, y tantos y tantos otros, incluido Lenin en su etapa de peregrinaje político.

Es al mismo tiempo la ciudad que renegaba de Rousseau, hijo de un relojero ginebrino, y él mismo nacido aquí, y que tuvo que abandonar su escandalizada patria. Su estatua se levanta en la punta del islote que hoy lleva su nombre; la ciudad que temía a Voltaire, la que quemó a Miguel Servet, o destruyó, en un nuevo ataque de iconoclastia, las imáge-

nes de sus iglesias, dejándolas en una desnudez que aún hoy estremece al viajero; y la que, por orden de Calvino, impuso a sus habitantes la obligación de asistir a los oficios religiosos.

Cuna y sede de la Cruz Roja, de la Sociedad de Naciones, de decenas de organismos internacionales -la Organización Mundial de la Salud, la Organización Internacional del Trabajo, de la Propiedad Intelectual, de la Meteorología-, cuyos edificios se agrupan en lo que se llama "Quartier International", su población se ha acostumbrado también a convivir con funcionarios venidos de todas las partes del mundo. Pero, al fin y al cabo, la vida de los funcionarios participa del aislamiento de los animales que han abandonado su madriguera y, por así decirlo, de un innegable provincianismo, que no desentona con la Vieja Ciudad de Ginebra, con sus callejones empinados, sus antiguos edificios en torno a la catedral en la que se mezclan el románico, el gótico y un pretencioso neoclasicismo, las elegantes mansiones, que imitando los hoteles dieciochescos de

París, se asoman sobre la Place Neuve, como símbolo de una burguesía que quería exhibir su poder y se escapaba de los estrechos espacios de la ciudad de intramuros, donde la arquitectura pasaba desapercibida.

Ciudad cerrada, y al mismo tiempo abierta de par en par, amenazada siempre por la codicia de Saboya, por la voracidad de Francia (en la actualidad, treinta mil personas cruzan a diario la frontera con Francia para acudir a trabajar a Ginebra: la vivienda y la alimentación resultan en Francia mucho más baratas y los sueldos suizos son muy superiores a los franceses). Ginebra domina una llanura fértil al pie de los Alpes, en la que sus habitantes se enorgullecen de cultivar una treintena de hortalizas diferentes, algo casi increíble por estas latitudes: esa llanura ha sido a lo largo de la historia un espléndido lugar de paso para comerciantes y ejércitos. Conquistada por César, que ya la cita en sus Comentarios a la Guerra de las Galias, y por Napoleón; sede milenaria de opulentas ferias, centro de Europa (hoy, a tres



horas y media de París, gracias al tren de alta velocidad, pero también a un paso de Milán, Frankfurt, Marsella o Barcelona), lugar de reposo para las caravanas comerciales que comunicaban las soleadas tierras mediterráneas con los brumosos parajes bálticos en un ir y venir de especias y productos exóticos. Si el descubrimiento de América y el desvío de las grandes rutas comerciales hicieron tambalearse su potencia, las sucesivas oleadas migratorias la convirtieron en un gran centro artesano -ciudad de joyeros y relojeros- y bancario, en el que la moral calvinista de trabajo, y su comprensión hacia los ahorradores y su tolerancia con los prestamistas cuajó en este poderoso emporio que, con apenas doscientos mil habitantes, es sede de más de un centenar de bancos y de centenar y medio de empresas multinacionales.

Los escaparates de sus joyerías y relojerías, sus elegantes tiendas, hablan de esa opulencia cosmopolita. El viajero no tiene más que fijarse en los paseantes que se detienen ante los escaparates, observar sus vestidos, sus imponentes abrigos de visón o marta cibellina, y ver la cantidad de estrellas que exhiben las guías hosteleras de la ciudad, para constatar que los sótanos de Ginebra están repletos de cajas fuertes y cofres de seguridad en los que engorda silenciosamente el dinero legado desde los cinco continentes. Sólo los millonarios del sur,

los árabes con sus maletas cargadas de joyas, los españoles que acarrear por complicados caminos sus reservadísimos capitales, parecen romper esa disciplina calvinista de la ciudad en la que riqueza y ostentación no son en absoluto sinónimos. Uno ve a los españoles en el hall de los hoteles, eligiendo en la soberbia Caviar House las calidades más carísimas, hablando en voz muy alta desde la profundidad de sus imponentes abrigos de pieles y agitando mucho las manos en las que relucen más joyas que variedades de hortalizas se cultivan en la llanura calvinista, y piensa que esta ciudad tranquila les proporciona una pasarela sobre la que gozar de la plenitud de ser vistos que la discreción obligada les imposibilita disfrutar en casa.

Ginebra es eso, pero también sus más de treinta museos, sus instituciones filantrópicas, y sus mercados callejeros que ocupan el antiguo pantano de Plainpailais, o que se instalan en Carouge, un barrio de pequeñas viviendas construido por los italianos en un excéntrico estilo piamontés: los campesinos que ofrecen las alcachofas y cardos de la región, los untuosos quesos vache-rin que mezclan con el gruyère para las fondues, los cada vez más escasos y apreciados peces del lago -las truchas, las percas; las farras, que son unos peces autóctonos parecidos al salmón y que se aprecian enormemente-, los vendedores ambulantes con

sus naranjas españolas, sus limones sicilianos, sus sardinas de Italia, sus lenguados holandeses y sus bacalao de Noruega. La cocina de Ginebra es una cocina sencilla de verduras, de fondues y raclettes, de embutidos (las apreciadas longeoles y boudins), que acompañan con sus vinos de gamay y chasselas (el popular fendant), que a veces le hacen caer al viajero en el espejismo de la provinciana ciudad cerrada, ya que, en realidad, en ese doble juego que ejerce la ciudad entre el dentro y el fuera, se imponen en la cocina pública los bistrot y lujosos restaurantes franceses; los italianos, españoles, alemanes, asiáticos o latinoamericanos. También el vientre ginebrino es dual, a la vez internacional y provinciano, porque, al fin y al cabo, la cocina es el termómetro más preciso de la composición humana de las ciudades.

El viajero que visita Ginebra siente el desconcierto de ese doble juego entre un monótono cosmopolitismo que ocupa los lujosos hoteles, y el provincianismo de la ciudad que celebra sus tradiciones (la popular Escalade, que conmemora el intento de asalto por parte de las tropas de Carlos V), que se enorgullece de sus artesanos, de su código establecido sobre un tejido de viejas costumbres, y que sabe que a fines del siglo XX la suprema modernidad pasa por la defensa del provincialismo como distintivo de pedigrí. ■



Los elegantes comercios de la ciudad hablan de una opulencia cosmopolita.





Los aspectos del Hôtel du Rhône, uno de los establecimientos emblemáticos de Ginebra.



El restaurante Le Neptune está reconocido como una de las grandes mesas de la ciudad. A la derecha, los propietarios de Goddard-Le Beau.

AGENDA

Cómo llegar

Ginebra se sitúa en una privilegiada encrucijada de los caminos europeos. Cuenta con buenas comunicaciones con París (TGV: tren de alta velocidad), con Milán, o, por autopista, con el sur de Europa, y más concretamente con el corredor mediterráneo (Barcelona, 749 km., y Valencia, 1.099 km.). Hay vuelos de Iberia y Swissair desde Madrid, Barcelona, Valencia y otras ciudades españolas. También puede utilizarse el que llaman Talgo catalán.

Dónde hospedarse

La oferta hostelera de Ginebra puede calificarse de sorprendente para una ciudad de doscientos mil habitantes. Abundan los hoteles de cinco estrellas. El Hôtel du Rhône,

de la cadena Leading Hotels, está magníficamente situado en la orilla derecha, frente a la ciudad vieja, en el Quai Turrettini. Cuenta con unas instalaciones elegantes y modernas y con uno de los mejores restaurantes de la ciudad (Le Neptune, con dos estrellas Michelin). Des Bergues, Bristol, Forum, Intercontinental, Metropole, Noga Hilton, de la Paix, o Le Richemond son otros de los cinco estrellas de la ciudad, entre los que el Beau Rivage mantiene la veterania: construido en 1865, a sus puertas fue asesinada la emperatriz Sissi y en el hotel guardan aún los guantes manchados de sangre. Una treintena de hoteles de cuatro estrellas, y numerosas instalaciones más modestas componen la soberbia oferta ginebrina.

Dónde comer

Lo mismo que se ha dicho de los hoteles puede decirse de los restaurantes. Admirable oferta, con numerosas estrellas Michelin, y con una gran variedad de propuestas gastronómicas que incluyen la alta cocina -abundan los chefs franceses en los mejores restaurantes-, la cocina popu-

lar suiza y, sobre todo, una oferta internacional que se corresponde con la variedad de ciudadanos que viven en Ginebra, ya sean funcionarios, residentes de alto nivel, o emigrantes.

Una característica de la restauración de la ciudad es la de que, al contrario que en otros lugares, buena parte de las mejores mesas están en los grandes hoteles. Así, Le Neptune, laureado con dos estrellas Michelin, en el Hôtel du Rhône, o Le Chat Botté, en el Beau Rivage; Le Cygne, en el Noga Hilton; Les Continents, en el Hotel Intercontinental, y L'Hosterie de la Vendée, todos ellos marcados con una de las preciadas estrellas de la guía francesa. Fuera de los hoteles, ostentan dos estrellas Domaine de Châteauevieux, en la cercana población Satigny, y Le Béarn, mientras que, con una estrella, abren sus puertas L'Auberge du Lion d'Or y Chez Giganon.

Pero, más allá de la opulencia que refleja todo ese estrellado firmamento de grandes y carísimas estrellas (Suiza se ha alejado mucho de los bolsillos de la mayoría de los españoles), no hay que olvidar que Ginebra, en su diversidad, es una ciudad de cocinas nacionales. La suiza encuentra su representación en Les Armoires, L'Hotel de Ville y Palais de Justice. Hay

buenas brasseries como Lipp, du Buffet y Hollandaise. La cocina francesa más popular se encuentra en lugares como Chez Bouby, o el Buffet de la Gare de Céligny y el Café du Commerce et Molard. Hay buenos restaurantes tailandeses como Ban-Thäi, o Pukhet; indonesios, como Bali; hindúes, como Bombay Palace, o Curry Pot; chinos, como Dun-Huang, China Town, o Jardín Imperial; japoneses: Le Bonsai, Kikkoman; brasileños: Mañana; italianos: Le Dorian, La Fenice, La Favola. Y españoles, mexicanos, alemanes, y un interminable etcétera.

Qué visitar

La ciudad cambia radicalmente sus ofertas durante los meses de verano, en los que sus playas y paseos por el Lago Lemán se convierten en la más gozosa atracción. Durante el invierno, es un buen punto de partida hacia las cercanas estaciones de esquí, bien comunicadas por tren y carretera. Para quien prefiera quedarse en la ciudad de Ginebra, hay más de treinta museos que abren sus puertas: de relojería, de Historia Natural, de Ciencias, de la Cruz Roja. Mere-

cen, sin duda, la pena el de Arte e Historia, con obras que van desde Witz, en el siglo XV, a Picasso, Monet, Renoir o Sisley, y, aún más, el Petit Palais, o Museo de Arte Moderno, con una soberbia colección de postimpresionistas, fauvistas, surrealistas. Abarca desde 1880 a 1930: Fantin Latour, Chagall, Van Dongen, Fujita, Picasso y otros muchos.

Ginebra, además, merece ser paseada: las empinadas calles de la ciudad vieja, con su trazado medieval y sus viejas casas de piedra, la catedral, las orillas del lago con sus jardines, el Jardín Botánico, sus casas del siglo XVIII, siguiendo los modelos de los hoteles de París, sus oratorios de todas las religiones: su imponente iglesia rusa, con los tejados dorados, sus templos católicos y de las diversas corrientes protestantes, su sinagoga. La Opera, los barrios (Eaux Vives, con sus viviendas jüngenstil), los palacetes situados a orillas del lago.

Compras

Todo el mundo sabe que Ginebra es una de las capitales mundiales de la reloje-

ría y la joyería. Las grandes marcas, las mejores piezas del mercado se exhiben en los escaparates. Su nivel gastronómico, por lo que se refiere a tiendas, tal vez no está a la misma altura. Cuenta, sin embargo, con una opulentísima Caviar House, donde además de poder adquirir las mejores variedades iraníes garantizadas, ofrecen grandes vinos franceses y productos gastronómicos de lujo. De visita obligada, aunque sea sólo para mirar. La Cave de Baccus es otra buena tienda de vinos. Hay algunas excelentes queserías en Les Halles des Rive, y también tiene prestigio Au Gruyère, una pequeña quesería friburguesa en Plainpalais, donde se celebra un alegre mercado callejero. Aunque, quizá, el mercado callejero más colorista sea el de Carouge, el popular barrio de arquitectura piamentesa.

También cuenta Ginebra con magníficas chocolaterías. Y, precisamente en Carouge, en la diminuta chocolatería Du Arve, trabaja manualmente uno de los mejores artesanos. Otra buena chocolatería de Carouge es Martel. Las mejores chocolaterías artesanas de la ciudad son Du Rhône, Arn y Aver. La chocolatería industrial más prestigiosa es Merkure y los grandes chocolates suizos -como ya saben nuestros lectores- Cailler, Lindt, Nestlé y Suchard.

Izquierda a derecha, Le Chat Botté y Domaine Châteauevieux, dos grandes restaurantes.



Una muestra de la oferta gastronómica y el taller de un lutier.

